

Educación Física: ¿seguiremos enseñando desde la rigidez o nos atreveremos a comprender la complejidad?

Jorge Valdivia

Director magíster en educación física y motricidad
 humana Universidad de Las Américas



¿Tiene sentido seguir enseñando Educación Física como si el cuerpo fuera una máquina que solo debe ejecutar movimientos correctos? En un contexto educativo marcado por la incerteza, la diversidad y el cambio constante, insistir en modelos rígidos no solo resulta insuficiente, sino profundamente desconectado de la realidad.

La Educación Física escolar debe dejar de concebirse como un conjunto de contenidos técnicos prescritos y avanzar hacia una comprensión como sistema adaptativo complejo, donde el aprendizaje emerge desde la interacción entre sujetos, contextos y experiencias.

Durante décadas, el currículo ha sido estructurado bajo lógicas de control, estandarización y medición. Si bien estas responden a la necesidad de organización y equidad, también han limitado la posibilidad de reconocer la riqueza de los procesos educativos reales. En Educación Física, esto se ha traducido en prácticas centradas en la repetición, la homogeneización del rendimiento y una visión fragmentada del cuerpo.

Sin embargo, hoy contamos con marcos conceptuales que nos permiten repensar esta lógica. La teoría de la complejidad nos invita a entender la enseñanza no como una secuencia lineal de contenidos, sino como un entramado dinámico donde intervienen múltiples factores: trayectorias de los estudiantes, culturas territoriales, decisiones pedagógicas y los propios contextos escolares.

Desde esta perspectiva, la clase de Educación Física deja de ser un espacio de ejecución para convertirse en uno de construcción de sentido. El juego, la danza o el deporte no son meras actividades, sino experiencias donde se articulan identidad, territorio y cultura. El

cuerpo ya no es un objeto que se entrena, sino el lugar donde emerge la experiencia humana.

Esto implica también un cambio profundo en la evaluación. ¿Tiene sentido seguir midiendo a todos con la misma vara? La respuesta es no. Evaluar desde la complejidad supone reconocer que cada proceso de aprendizaje es singular, no lineal e irrepetible. La mejora no debería definirse por comparación externa, sino por el desarrollo interno de cada estudiante en relación con su contexto.

Asimismo, el rol docente se transforma. Ya no se trata de aplicar un programa de manera mecánica, sino de interpretar el entorno, tomar decisiones situadas y acompañar procesos diversos. En este escenario, cada comunidad educativa opera como un microsistema, donde las soluciones no pueden ser impuestas de manera uniforme, sino construidas colectivamente.

Incluso la incorporación de la tecnología adquiere un nuevo sentido. No reemplaza la experiencia corporal, sino que la amplifica, generando nuevas formas de interacción, aprendizaje y autonomía.

El desafío no es eliminar la estructura curricular, sino tensionarla y enriquecerla desde una mirada más abierta, crítica y situada. La dicotomía entre control y flexibilidad ya no es sostenible: necesitamos avanzar hacia modelos que integren ambas dimensiones.

La pregunta que queda abierta es incómoda, pero necesaria: ¿estamos formando estudiantes que solo reproducen movimientos o sujetos capaces de comprender, habitar y transformar su realidad a través de la motricidad humana?

Porque tal vez el problema nunca fue el currículo en sí, sino la forma en que decidimos entenderlo.